

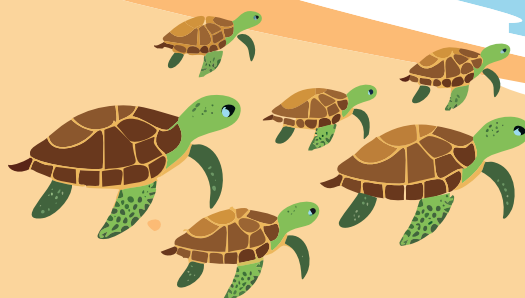
La primera ola



CUENTO

MARTÍN ENRIQUE GARCÍA VARGAS

*Estudiante de primer semestre de la Licenciatura en
Derecho de la Facultad de Derecho de la UNAM.*



En una playa desconocida, en un México desconocido, dos figuras contrastaban con el blanco de la espuma y la arena del mar.

— Abuelito, ¿por qué no te metes al agua?

La figura más pequeña, una niña de apenas unos 5 o 6 años, agarraba de la mano a la figura más alta y grande, su abuelo.

— Porque lo que más me gusta de la playa no es estar en el agua, Selene —respondió su abuelo—. Lo que más me gusta es ver las olas contigo.

— Pues que aburrido —replicó Selene— ¡Yo quiero meterme al agua contigo!

Su abuelo, viendo como su nieta estaba a punto de empezar una pataleta, la soltó de la mano para de inmediato cargarla sobre su ya cansada pero todavía fuerte espalda. El cambio abrupto ayudó a que su nieta apaciguara su berrinche, y también para alegrarla, pues algo que Selene amaba más que estar en el agua, era ser cargada por su abuelo.

— ¿Sabías que en esta playa yo conocí a tu abuela?

— ¡¿De verdad?!

— Sí... —respondió su abuelo mientras la nostalgia invadía sus ojos—. La conocí mientras buscaba huevos de tortuga.

— ¡Abuelito eso es malo! —replicó Selene, mientras jalaba del cabello a su abuelo con la fuerza y amor que una niña pequeña podía azotar—.

— ¡Pero ya no lo hago! —dijo su abuelo mientras detenía a su nieta con las manos—. Tu abuelita, en su infinita sabiduría, me jaló del cabello la primera vez que nos vimos, así como tú lo hiciste; y también me persiguió con mi propia pala, ja, ja, ja.

— ¡Ja, ja, ja! ¡La abuelita era divertida! —replicó Selene, mientras peinaba otra vez a su abuelo con sus pequeñas manos—.

— Sí, lo era... —La nostalgia, una vez más se podía ver en sus ojos—. Y también era muy hermosa. Fue por eso que cuando me regañó, sin siquiera saber mi nombre, la escuché. Me enamoré con ese primer regaño.

— ¡¿Y que más pasó?! —Selene, llena de la curiosidad, característica de su edad, fue absorbida por esa pequeña anécdota, olvidándose por completo de su deseo por entrar al mar con su abuelo—. ¡¿Mi abuelita también se enamoró de ti?!

Su abuelo, viendo como ella ya estaba adentrada en el relato, empezó a caminar por la orilla de la playa mientras contaba la historia.

— ¡Por supuesto que no! Ja, ja, ja, tu abuelita me odiaba. Ella amaba a las tortugas, y ver como alguien se robaba sus huevos la enojó muchísimo. Así que, para verla lo más posible, a propósito dejaba mi pala a la vista cuando buscaba huevos de tortuga.

— ¡Abuelito! —Selene volvió a despeinar a su abuelo—.



Cultura, literatura y arte

—¡Pero ya no me robaba los huevos! —respondió su abuelo—. Los empecé a esconder lejos, muy lejos de donde había personas, porque yo no era el único que los buscaba. Aún así, tu abuela venía directo hacia a mí a sermonearme siempre que podía.

—¡Mmmm! —suspiró Selene, en señal de aceptar lo que hizo su abuelo—.

—Hasta que un día, tu abuela me descubrió...

—¡¿Y qué pasó?!

—Una mañana, cuando llegué a mi escondite, ahí estaba ella, viendo los cientos de huevos que había escondido. Me preguntó, con hostilidad en sus ojos, que planeaba hacer con tantos huevos.

—¡¿Y qué más abuelito?!

—Le dije la verdad. Le dije que, desde ese primer regaño, entendí que para ella eran importantes, y que sólo lo hacía porque me gustaba, porque quería verla, y no conocía otra forma de acercarme porque pensé que me odiaba. Ella se puso roja, roja, roja, tan roja como cuando el sol desaparece en el fondo del mar; y luego se rió. Me quedé congelado, creí que se burlaba de mí, hasta que me dijo: “Te voy a ayudar”.

—¿“Te voy a ayudar”? —Preguntó Selene, extrañada por esas palabras— ¿Eso te dijo mi abuelita?

—Sí, eso me dijo. Así que, desde ese día, nos veíamos en las mañanas o tardes, cada que podíamos, para esconder los huevos de cazadores o donde viéramos que corrían peligro. Yo intentaba agarrarla de la mano mientras lo hacíamos, pero ella nunca me dejó. Pasaron los días y semanas, cuando una tarde... —el abuelo se detuvo, admirando el paisaje de una parte todavía virgen de la playa. Bajó a Selene de su espalda y la volvió a tomar de la mano—.

—¿Cuando una tarde qué, abuelito? —preguntó Selene, volteando a ver a su abuelo al rostro—.

—Cuando una tarde, a la primera ola en que el sol toca el mar, los huevos empezaron a eclosionar. Tu abuela y yo nos quedamos quietos, admirando tan bello momento. Yo jamás me habría dado cuenta del daño que hacía, de no ser por tu abuela, ese día no solo supe que estaba enamorado de ella, sino también de lo que ella más amaba, la naturaleza. Y sin darme cuenta, su mano y la mía estaban juntas, así como la tuya y la mía.

Selene sintió como la mano de su abuelo se volvía más firme, una firmeza cálida, una llena de amor, y fuerza.

—Abuelito...

Finalmente, la nostalgia se desbordó de los ojos del abuelo, lágrimas comenzaron a salir de sus ojos, mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

—¡Abuelito!

Selene soltó la mano de su abuelo, y lo abrazó. Ella también empezó derramar lágrimas. Su abuelo se agachó para abrazarla, y ambos se quedaron así a la orilla del mar, dejando pasar el tiempo.

—Y fue una tarde como esta, si no mal recuerdo, Selene.

El sol se empezó a ocultar, y a la primera ola en que el sol tocó el mar...

—¡Abuelito! —Gritó Selene mientras se limpiaba las lágrimas para ver mejor—. ¡Mira!

Las dos figuras que contrastaban en el blanco de la espuma y arena del mar, en un instante ya no eran lo único que contrastaba. El paisaje se empezó a llenar de puntitos verdes por todas partes en dirección al mar. Selene y su abuelo se quedaron quietos admirando la belleza del lugar.

—Ese día finalmente entendí porque tu abuela decidió abrirme su corazón aquella tarde...

—Creo, ¡creo que yo también abuelito! respondió Selene ahora con ojos llenos de alegría y admiración-.

Así, admiraron el paisaje, como se admira un lienzo que se dibuja sólo frente a los ojos, hasta que el último puntito verde alcanzó el mar.

—Vámonos a casa Selene, tus papás ya deben de haber llegado a casa.

—Sí abuelito.

Finalmente, en un pequeño pedazo virgen de una playa desconocida, en un México desconocido, dos figuras, y miles de puntitos verdes, dejaron de contrastar con el blanco de la espuma y la arena del mar.

Fin.